

El sello y el coleccionismo

Falsificadores y falsificaciones

El alto valor de algunas emisiones ha provocado su falsificación o manipulación con el fin de engañar a coleccionistas y comerciantes, pero hoy en día la obra de los principales falsificadores de sellos también es un objeto de colección muy cotizado.

La obra de los primeros falsificadores de la historia del sello sin duda merece ser recordada si tenemos en cuenta los medios de que disponían y el valor que alcanza en la actualidad. En nuestro tiempo, con el desarrollo espectacular de las artes gráficas y de la informática, la falsificación ha perdido «mérito artístico» y se ha hecho más fácil. Prueba de ello es que no pasa mucho tiempo sin que surjan reproducciones de



Archivo: F. Graus



dos de los sellos más raros de la filatelia suiza fueron falsificados por Fournier: «la paloma» del cantón de Basilea (1845) y el 4 rappen de Zurich (1843).

emisiones, que son falsificadas para defraudar a la administración postal, como ocurre con los billetes de banco. Las dificultades a las que se enfrentan estos defraudadores no son técnicas sino comerciales, ya que suelen carecer de la red de distribución apropiada para introducir el producto falseado en una cantidad lo suficientemente importante como para que la estafa sea lucrativa. De este modo, cuando intentan la distribución dejan un rastro que difícilmente escapa a la justicia. Evidentemente, la acción de los falsificadores perjudica a la filatelia, ya que crea desconfianza y confusión entre los aficionados, además de que en muchos casos ha provocado importantes pérdidas económicas. Sin embargo, entre los falsificadores se han dado auténticos «artistas», aunque buena parte de ellos permanece como «maestros» anónimos. Su obra ha sido posteriormente



Archivo: F. Graus



dos ejemplares de la segunda emisión de Luxemburgo (1859-1863) falsificados por Fournier.

adquirida por sociedades filatélicas, se ha expuesto en museos y ha alcanzado un alto valor en el mercado. Junto a Jean de Sperati, el «rey de los facsímiles» a quien ya se dedicó un apartado en una ficha anterior, destaca en primer lugar François Fournier. Nació en Suiza en 1846, su actividad de falsificador se desarrolló en su país natal, al amparo de unas leyes que permitían la fabricación de facsímiles. Desarrolló un gran actividad comercial, anunciándose en listas y revistas, hasta el año de su muerte en 1917. Uno de sus empleados continuó su negocio hasta 1922, año en que se vio obligado a cerrarlo, en parte por la presión de los demás comerciantes de filatelia. En 1927 Emile Friedrich, presidente de la Unión Filatélica de Ginebra, compró a la viuda del empleado de Fournier todo su stock, con el que montó 480 álbumes numerados. Estos álbumes contenían su extensa colección de facsímiles clasificada por países, aunque no todos llevaban los mismos sellos, ya que el stock no estaba equilibrado (los sellos sobrantes repetidos fueron destruidos). Todos los sellos fueron marcados en el anverso con la leyenda «Faux» y en el



Archivo: F. Graus



Fournier no sólo falsificó joyas de la filatelia, sino también sellos de escaso valor, como esta emisión alemana de 1899-1900 y el 1 peso de Buenos Aires (1859).

El sello y el coleccionismo

reverso con «Facsimile» con el fin de evitar posteriores manipulaciones. En la actualidad, la maquinaria y el equipo utilizados por Fournier se hallan expuestos en el Museo de Historia y Arte de Ginebra.

Los primeros falsificadores reconocidos como tales fueron los hermanos Spiro, que realizaron numerosas falsificaciones en Hamburgo entre los años 1863 y 1866. Su actividad principal era la reproducción de ejemplares de alto precio que vendían a comerciante sin escrúpulos y coleccionistas. Sufrieron el peso de la ley, pero con consecuencias mínimas, ya que se defendieron con el argumento de que ellos sólo vendían «imitaciones». En Inglaterra, George Kirke Jeffryes, Julian Hippolite Sarpy y Alfred Benjamin fueron condenados en 1892 por falsificar sobrecargas y dentados, así como por editar



Sello del correo carlista de 1873 falsificado por un «maestro» anónimo. El matasellos también es falso, ya que estas emisiones tienen un mayor valor si están usadas.



Archivo: F. Graus

Las «cabezas de Mercurio» auténticas se emitieron en 1876 en París y Atenas. Este sello falso de Fournier es una de las grandes piezas de los álbums confeccionados por la Unión Filatélica de Ginebra.

emisiones de su propia invención. En Alemania, Schoröder falsificó la emisión española de 1854, de la que existen muy pocos ejemplares y son muy buscados. En España, destaca el mallorquín Miguel Seguí, quien se especializó en las emisiones españolas de 1850-1874, y en Italia Erasmus Oneglia, quien desarrolló su actividad en Turín.

En América, el falsificador más famoso fue Samuel Allan Taylor, quien por otra parte en 1864 editó la primera revista filatélica de América, la *Stamp Collectors Record*. Pero la *American Philatelic Society* no sólo ha tenido que perseguir la obra de Taylor, sino también la de Raoul Ch. de Thuin, belga nacido en 1890 que desarrolló parte de su actividad como falsificador de sellos americanos en México y Centroamérica. Perseguido por ello, a los 75 años, en 1966, la American Philatelic Society le compró todos sus útiles de falsificación, llegando con él a un acuerdo económico de por vida.

Sistemas de seguridad

Las primeras emisiones de Prusia (1850-1856) y el reino de Nápoles (1858) fueron falsificadas, pero no en todos sus elementos: las piezas falsas carecen de las filigranas que caracterizan los sellos auténticos (una corona de laurel en el caso de Prusia y una flor de lis en el caso de Nápoles).



Sello español de 1936. Se trata de una falsificación que se puede detectar porque carece de las marcas «secretas»: en el sello auténtico, la línea inferior que delimita el escudo no es totalmente continua y el 3 inferior izquierdo y la granada son ligeramente diferentes.



Ante el incremento de falsificaciones, las administraciones postales tuvieron que mejorar los sistemas de seguridad en la fabricación de sus sellos. A las ya conocidas marcas de agua que se aplicaban durante la fabricación del papel oficial, se fueron añadiendo otras normas, que se han ido mejorando a medida que eran superadas por los falsificadores. Desde las primitivas marcas secretas que los grabadores cincelaban cuidadosamente sobre las planchas hasta las microescrituras o escrituras distorsionadas actuales, se han sucedido toda una serie de sistemas que afectaban a los tipos de papel, las tintas especiales, los tratamientos de fluorescencia y fosforescencia, el papel con hilos de seda, los dentados especiales, las muescas de control en los bordes, etc. Estas técnicas son actualizadas día a día, conjugándose con los sistemas de mecanización de la clasificación del correo; por ello, la mayor parte de los sellos permiten ser leídos por las máquinas clasificadoras a través de impulsos luminosos.